

El Gobernador que nunca volvió

Ronda marzo 1942
En el castillo de "La Fuerza" hay una torrecita. ¿La han visto? En lo alto de su cúpula tiene una bella figura de bronce: una mujer a la que llaman "La Habana", porque representa a la ciudad.

Pues bien. Los guías cuentan a todos los viajeros que en esa torre de la estatua se asomaba todas las tardes la esposa de Hernando de Soto, a esperar el día en que lo viera aparecer por el canal de la Florida...

No es cierto que Doña Isabel se parara en la torre. Entonces el castillo de "La Fuerza" ni tenía torre, ni era el mismo de hoy. Pero, de todos modos, es linda la leyenda y tal vez fué cierto que Doña Isabel esperara, todas las tardes, desde otra torre o desde otra ventana al esposo amado que un día cruzó el estrecho, y no volvió jamás.

Los marinos, los trabajadores y la gente desocupada que andaba por el muelle de Santiago de Cuba aquel día de abril de 1538, tuvieron un terrible sobresalto.

Una armada se acercaba. ¿Qué sería? ¡Los franceses! —comenzó a gritar todo el mundo. Y la gente se apresuró a poner en salvo las cosas de valor y los seres queridos.

¿Por qué temían los pobladores de Santiago a los franceses? Era que Francia estaba en guerra con España, y desde el año anterior, desde 1537, sus corsarios habían empezado a atacar a las villas cubanas.

En las veladas a la luz de los candiles y las velas de sebo, las mujeres hacían cuentos terribles. En las plazas de todos los pueblos, los hombres comentaban. Cada recién llegado de San Cristóbal de la Habana tenía que contar cien veces cómo un barco francés había estado tres horas en puerto de Carenas; cómo había destruido dos barcos españoles cerca de Mariel y se había apoderado de uno; cómo había vuelto y al fin había saqueado la iglesia y quemado la villa...

Al mismo Santiago, a pesar de que era la capital y la población más numerosa de la isla, habían tratado de llegar... Otro corsario francés había apresado un barco español y hubiera entrado en el puerto... ¡Pero los santiagueños tenían al valiente Diego Pérez, que lo hizo huir!

Ahora, ¡allí estaban de nuevo! Ya las mujeres, los ancianos y los niños se preparaban para escapar "al monte" llevándose todo lo que podían. Ya algunos hombres habían buscado las pocas armas que tenían y con palos y piedras los otros, se preparaban para echarse sobre los enemigos en el mismo instante que desembarcaran...

De pronto, un grito de alegría salió de todos los labios. ¡Eran barcos españoles! ¡Era la armada que traía al adelantado Hernando de Soto, al nuevo gobernador de la isla!

Con el adelantado venía un ejército. Pero no para defender la población, como comprobaron enseguida los decepcionados habitantes de Santiago. El adelantado estaba organizando una expedición a la Florida. Había venido a Cuba, porque esto era más fácil para sus planes. ¡El ejército era para la conquista de la Florida!



Como la pólvora corrió la noticia. Pronto los ambiciosos se le unieron. ¡Allí habría oro, seguramente, mientras que en Cuba, ya sólo quedaba trabajo! Hernando de Soto llegó a reunir 1,000 hombres y 250 caballos. "¡Nunca se había visto en América tal aparejo!"

Pero los vecinos de Santiago estaban disgustados con el gobernador. No era sólo porque se llevaba la gente y dejaba a Cuba casi despoblada. El pueblo murmuraba. El adelantado decía que tenía órdenes de la reina para hacer un castillo... ¡pero en la Habana!

Los regidores de Santiago se reunieron. Al fin, el cabildo declaró que era en la capital donde había que levantar la fortaleza. La Habana resultaba una villa sin importancia. Santiago era "lo que había de permanecer en esta Isla".

Soto trató de justificarse. Era orden de la reina... No había que olvidar que la Habana comenzaba a ser muy frecuentada por los galeones que llevaban a España la plata de Méjico. Ya el puerto de Carenas se estaba convirtiendo en uno de los más importantes de América...

Sin embargo, no era muy sincero. A él, más que nadie, le convenía fortificar la Habana. Como San Cristóbal era la villa que estaba más cerca de la Florida, Soto había decidido depositar en ella los víveres, y los caballos que debían irle mandando poco a poco. Y necesitaba que estuvieran bien custodiados.

A pesar de esto, las dificultades continuaban. No se lograba recaudar el dinero que había ofrecido la Corona y no se hallaba el modo de comenzar a construir la fortaleza.

Al fin, llegó una noticia terrible. ¡La Habana había sido saqueada, y los corsarios se habían llevado hasta las cam-

panas de la iglesia! Habían ultrajado la divina imagen de San Pedro, colgándole de una choza y tirándole, ¡qué herejía! naranjas desde el barco. ¡El caserío era sólo un montón de cenizas!

Hernando de Soto se aprovechó de esto para llevar a cabo su proyecto. Envío a toda prisa un buque para socorrer a los vecinos... pero a bordo iba el capitán Mateo Aceituno, con órdenes de construir un pequeño castillo: "La Fuerza". Santiago había perdido la batalla. La Habana daba su primer paso para convertirse en capital, gracias a Soto.

El adelantado se trasladó a San Cristóbal con su expedición. Un día, llegó la hora de partir. Ya todo estaba listo. Dejaba a su esposa en la Habana. Ella sería la gobernadora. Pero... ¿y si llegaban los franceses? Doña Isabel de Bobadilla no podría dirigir el ataque. Hernando de Soto lo preparó todo: Aceituno sería el jefe, el alcaide de

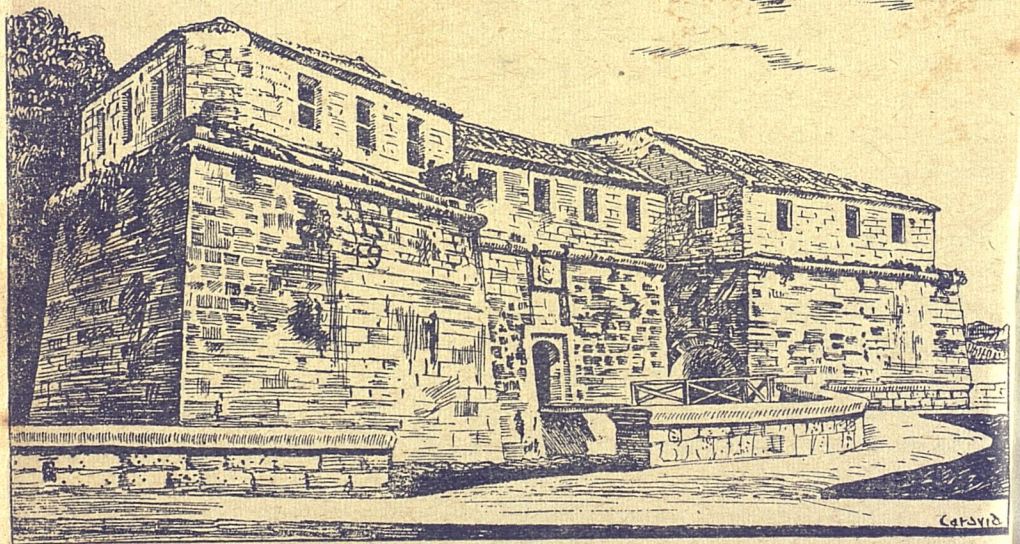
"La Fuerza". Juanes Dávila habría de ser su representante como gobernador. Y se fué tranquilo.

¿Qué ambicionaba el audaz adelantado, que ponía en manos ajenas su alto cargo y dejaba sola a una esposa amada? No eran riquezas. Hernando de Soto se había hecho rico en Nicaragua, en Castilla del Oro, en el Perú...

Lo que iba a buscar a la Florida era la gloria. Pero no la encontró. Después de años de lucha desesperada contra los indomables indios norteamericanos, murió de unas fiebres. La posteridad no puede siquiera saber cuál es el lugar donde descansan sus restos. Su ataúd fué un tronco de árbol, y su sepultura el Mississippi, para que los indios no se vengaran ultrajando el cadáver. Las aguas del gran río sólo saben dónde yace Hernando de Soto, el adelantado que un día de primavera se fué de Cuba a buscar la gloria, y nunca volvió.

La más antigua de las fortalezas cubanas

EL CASTILLO DE LA FUERZA



A mediados del siglo XVI, la reina de España mandó a construir una fortaleza en la Habana, no sólo para guardar la villa, sino para amparar y defender a los navíos que iban y venían a la América.

A la reina no le interesaba mucho la forma ni el lugar del castillo. Una cosa sí era importante para ella: que su construcción fuera lo más segura y lo menos costosa posible...

Al irse Hernando de Soto para la Florida se empezó a fabricar el castillo, y en seis meses ya lo tenía acabado Mateo Aceituno.

"La Fuerza" servía, según su constructor, para habitar, atacar y defender. Pero, a pesar de estos elogios, el gobernador que sucedió a Hernando de Soto, llamado Juanes Dávila, declaró "que de fortaleza no tenía más que el nombre". Y Juan de Lobera, su último *alcaide*, tampoco tenía muy buena opinión de ella.

Todo el mundo criticaba, con razón, que estaba mal situada. Quedaba al principio de lo que es hoy la calle Tercera, y la dominaba un cerro. Según los historiadores, era la lomita llamada Peña Pobre. Hoy ha desaparecido, con el ensanche y construcción de la ciudad.

Además, tenía pocas armas: sólo algunas *ballestas*, *arcabuces*, *falconetas*, una *culebrina* grande y un cañón, maravilla de entonces, que pesaba 47 quintales y que la gente llamaba "El Salvaje".

El castillo de "La Fuerza" tomó mucha importancia cuando se descubrió que el canal de la Florida era mejor ruta para ir a España que el mar de las Antillas. Por el puerto de la Habana pasaron entonces todos los barcos que iban de la América a España, y para protegerlos, el castillo fué reconstruido.

Todos los vecinos de la Habana tuvieron que trabajar en las obras, prestar sus esclavos y herramientas, o pagar un

a

2

DECLARACION DE PRINCIPIOS

real diario de impuestos. Además, se nombró alcaide a Juan de Lobera y se aumentaron sus armas.

Pero de nada valió esto a "La Fuerza" cuando llegó Jacques de Sores, en el año 1555. Lobera tuvo que rendirse con sus pocos soldados, y el corsario francés dejó completamente en ruinas la pequeña fortaleza. Sus muros sólo sirvieron ya como corral para encerrar el ganado que iba al matadero.

Cuando el gobierno de España dió al gobernador Mazariegos el encargo de fortificar mejor la ciudad, otro castillo de la Fuerza empezó a construirse.

Se levantó a unos 100 pasos de las ruinas del primero, que se llamó desde entonces "la fortaleza vieja". El lugar escogido por el gobernador fué el que ocupa hoy. Entonces estaban allí las casas de las personas más ricas y distinguidas de la Habana: el sitio era algo así como la barriada aristocrática de la villa.

La segunda "Fuerza" no se terminó tan rápidamente como la primera. Unas veces por falta de dinero, otras por ambiciones de los gobernantes, y otras por luchas entre los constructores y los obreros, las obras duraron 20 años.

Al fin, la fortaleza estuvo terminada y equipada. Era cuadrangular y la rodeaba un foso. Muchos le encontraron defectos también. Decían que estaba dominada por la loma de la Cabaña, que quedaba más alta que ella. Además criticaban su tamaño pequeño, y que el foso no podía tener agua. Con todo, estaban de acuerdo en que sus muros eran fuertes, y podían resistir cualquier ataque.

A mediados del siglo XVII le añadieron el torreón que desde entonces fué el campanario y el reloj de la ciudad. Daba las horas y el "toque de queda" o sea la orden para



8

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

que los vecinos se retiraran y no salieran a la calle, hasta el día siguiente. La campana del torreón era también la que avisaba con sus tañidos que había corsarios o piratas a la vista.

Como era el lugar más protegido de Cuba, los gobernadores se mudaron al castillo de "La Fuerza". Cada uno lo amplió según sus gustos. Por ejemplo, Guazo mandó a hacer el puente levadizo que cubría el foso. Cagigal le hizo un salón para visitas y un balcón que daba al mar. Tacón le fabricó varios cuartéles.

Al edificarse el palacio de los Capitanes Generales (hoy el Ayuntamiento) el castillo de la Fuerza fué sólo un cuartel. Como fortaleza ya no servía. La Habana tenía castillos más nuevos y mejores: el Morro, la Punta...

Después, el castillo de "La Fuerza" ha tenido varios usos. Ha sido Archivo General de Cuba, Jefatura de la Guardia Rural, Oficina del Estado Mayor del Ejército...

Muchas veces se ha tratado de destruirlo por inútil y porque interrumpe el tráfico de la ciudad. Pero la Habana sería desagradecida si lo permitiera. Al viejo castillo debe su título de capital, él la defendió en la época angustiosa de los corsarios y piratas, él la ha visto transformarse de una pobre villa en una ciudad moderna.

¿No sería una cosa magnífica convertir la antigua fortaleza en un museo? Así los niños y los visitantes extranjeros podrían contemplar las cosas del pasado y no olvidarían al castillo de "La Fuerza" que es uno de los tres que adornan el escudo de la Habana.

No sabemos si alguien ha propuesto ya hacer del castillo más viejo de Cuba un Museo de Historia. Si nadie lo ha hecho, RONDA da la idea.

Ronda marzo 1942

